

SIETE FOTOS

No sé quién tomó esta fotografía, desde luego la única en que aparezco en una plaza de toros, pero recuerdo muy bien que es el año en que volvimos a España, o mejor dicho que estuvimos de vacaciones. Luis y yo estamos de pie al final de una faena, la quinta o sexta si nos fijamos en el sol poniente que rodea el reloj. Estamos a contraluz. Yo miro hacia cámara y parezco agotada por el sol, y quizá un poco harta de tanto toro y tanto humo y tanto abanico. Mi pelo corto desentona entre las melenas flameantes, lo mismo puedo decir de mis joyas, aquí dos pequeños pendientes, pocas en comparación con la muestra del orgullo femenino nacional. Resulta evidente la melancolía de mi mirada, aunque sonrío, y mi boca pintada desde que conocí a Luis no desdice el ensimismamiento de mis ojos azules – que el blanco y negro torna grises, de un gris plateado – prestos a volver a la infancia sin nostalgia sino porque así me hicieron, una roca de infancia, mis ojos que besaron muchos hombres, que derramaron ternura para con mis hijos y mis nietos. Pero hay más: las arrugas que surcan los párpados y los contornos de los labios esculpen mi auténtico rostro. A partir de ese momento de mi vida y sólo entonces fui quien debía ser. Afirmar que se lo debo a Luis sería excesivo y no le habría gustado la idea. Pese a ello así lo percibo. Aquí se le ve de perfil, concentrado, la boca entreabierta a punto de renunciar a decir algo impropio o trivial, la barbilla erguida, los pómulos altos, los ojos puestos en el ruedo, con esa mirada suya de gavilán, para saborear aún una suerte. Su mano derecha roza mi cadera mientras estoy dando un paso, sé que me pide unos segundos de espera mientras las gradas se alborotan y quiere tocarme para unirme a su palpito, esa mano suya que marca el compás de mi vida. Siempre me sorprendió que un hombre que había vivido veinticinco años fuera de España, casi desaparecido, tan enemistado con esa España del desarrollismo gregaria y cerril, hubiera vuelto todas las primaveras, a partir de aquel año, con tal afán taurino, mejor palabra en su caso que afición, con semejante fascinación por esa liturgia de lo efímero, ese aleteo de lo sagrado, quizá justamente porque él de palabra fácil y aguda, dotado de ingenio, sentía la necesidad del silencio, y tal vez su superioridad. Si no me hubiera visto por primera vez sentada y silenciosa leyendo una guía turística en medio de las ruinas de Micenas, quién sabe si se habría enamorado de mí. Yo me enamoré de su voz y él de mi silencio. Huía de las peñas taurinas y nunca fue, por cierto, un entendido. A la hora de escoger los términos que mejor evocarían la tarde procuraba evitar los comentarios lapidarios. Los amigos lo creían taciturno o incluso achacaban su búsqueda a un desconocimiento del mundo taurino y alguno no dudó en afirmar que haber vivido fuera de España tanto tiempo lo incapacitaba para captar la esencia del toreo. Ni que decir tiene que discutían. Pero yo sé bien que su silencio transmitía una apasionada búsqueda de la palabra, una palabra como él mismo decía – no recuerdo donde había leído la expresión – liberada del lenguaje. A mí, por ejemplo, y no sólo me refiero aquí al toreo, me enseñó a reducir el empleo de adjetivos y adverbios, a suprimir los superlativos así como las expresiones acuñadas, a describir en lugar de analizar, a sustituir las comparaciones por descripciones encabezadas por verbos de acción, tan frecuentes en la lengua inglesa que tanto amaba, hasta tal punto que un día les dijo a unos amigos, éstos sí aficionados de estirpe rancia, que el inglés se prestaba mejor aún que el español a la crónica taurina porque sus verbos de acción compuestos resaltaban con suma precisión, con una rapidez certera de la que carece el español, los matices de un movimiento. Dichos aficionados acostumbrados a los arabescos preferían el brillo de lo barroco y rehusaron su opinión, entre risas socarronas y enfados de proscenio, alegando que el movimiento no es espíritu. Luego Luis les decía que confundían acción, lo que ve el turista digamos, y movimiento. Así seguían hasta entrada la noche. Y, sin embargo, Luis tenía razón. No sé si en materia de toreo y en este caso me importa poco

el idioma, pero sí en lo tocante a la evocación de innumerables momentos: es nuestra la palabra y solamente nuestra, despojada de préstamos y artificios, cuando confluyen el pensar y el sentir y entonces somos capaces de decir lo que nos dicta una voz desconocida, sin saber aún que el tiempo se imprime en ella. Luis buscó, creo, en el toreo la desnudez del arte románico – el auténtico, es decir, la fusión hierática de colores encendidos y líneas puras –, el temblor y esplendor de un roce liviano, la lentitud acompasada del peregrino, del orante, la elevación espiritual a altura del hombre. También buscó y halló el sueño ilusorio – que me perdone – de una igualdad entre hombres unidos en torno a un altar, laico habría dicho él: un ideal literario en el fondo. Cuando volvíamos a Italia no solía mencionar las tardes de toros aunque sí hojeaba de vez en cuando algún libro de fotografías taurinas y asentía con la cabeza, como si compartiera la apreciación de un contertulio. Pero él nunca tomaba fotos en el ruedo, le parecía incongruente: la memoria, solía decir, debe embeberse y grabar a fuego lo vivido. Yo no lo comparto: para mí la memoria espiga recuerdos dispersos, sin orden ni concierto, y lo debe hacer sin esfuerzo, dejándose llevar por las reminiscencias para darles la coherencia de un mosaico incompleto, al igual que esos frescos antiguos donde importa lo que falta, a sabiendas también de que cuanto falta no se ha de buscar. Si un día se deja ver, démosle la bienvenida, y si no, despedámoslo sin temor. Pensándolo bien, sí recuerdo las tardes taurinas, el sol que castiga, el relámpago de belleza anhelado en medio del tedio que a veces me hizo decir que jamás volvería y que hacía vagabundear mi imaginación: sí, son ahora momentos de puro fluir, cuya dulzura recuerdo con mayor cariño que algunos otros que cuando los viví me parecieron más bellos. Al ver esta fotografía tomada en 1964 me pregunto si quien la ha tomado fue capaz de ver mi pulso de mujer, y si quien la mira ahora puede percibir detrás del velo, porque toda fotografía es un velo, mi deseo embriagado por el temple varonil de Luis.

Insistieron los nietos para retratarme junto a mis hijos, al lado del columpio donde tantas veces los mimé. Todos creyeron halagarme repitiéndome que iba a vivir el cambio de milenio. Poco tiempo, suficiente, todo hay que decirlo. Es mi penúltima foto, tres años antes de mi muerte. La hizo Clelia, mi niña bonita, mi nieta favorita y sé que es injusto decir esto pero en ella y sólo en ella encontré la gracia, el impulso vital del que carecen los otros. Clelia, querida Clelia, cuyo nombre es tan novelesco, nacida para ser amada, para deslumbrar a quienes te quieran. No se vaya a pensar que Clelia se me parece, no, salió a su madre, Cesca, morena de rasgos afilados y carácter antojadizo con la que mi hijo Diego se casó después de varios amoríos, que halagaron su vanidad masculina pero lo dejaron maltrecho y, mira por donde, eligió a la mujer menos estable que pudiera haber, exaltada un día, deprimida el otro. Cesca necesitaba a un hombre de mano dura, quiero decir firme, de propósitos claros, y Diego, voluble, capaz un día de derribar fortalezas y al día siguiente enamorado de su vecina o de cualquier adolescente, empeñado en conquistar países y al mismo tiempo capaz de ser trapense o mendigo, de tirarlo todo por la borda, le aportó mayor confusión si cabe. Pero de todo ello nació Clelia, tan equilibrada, a no ser que yo no sepa vislumbrar su fragilidad. En ella la capacidad de maravillarse ante lo inédito y lo bello queda inalterada. Solamente por haberlo visto me alegro de haber vivido tanto. Ante ella me pregunto qué pueden la herencia cultural y genética, la educación frente a esa vida que brota por sí misma, a eso que unos llaman talento y otros destino, frente a esos ademanes justos, a esa palabra incipiente pero bella, a esa voz tan clara, a esa voluntad para ver lo que hay detrás de cada cosa. Bajo el ala de qué ave habrá nacido Clelia para cumplir los deseos, qué digo, los sueños de varias generaciones. Cuántas luchas y cuántos quebrantos habrán sido necesarios para que un día nazca una niña que nos haga pensar en el umbral de la vejez

que todo cobra su sentido ante ella. Yo he sido un peldaño de una larga cadena que conduce a ella. Y ese es mi orgullo. Pero temo que siendo una elegida la espere el infortunio. *Nonna*, me decía Clelia, hagamos una foto. Siempre se dirigía a mí en italiano. Como era costumbre le llevaba mucho tiempo, que si la luz no era la adecuada, que si nuestra expresión no era natural, y cómo iba a serla si nos tenía tanto rato esperando, y muchos se quejaban a causa del frío y le aconsejaban hacer la foto dentro de la casa, pero al final se salía con la suya y es cierto que algo de mi vivir quedo da fe esta fotografía. Parezco un árbol con muchas ramas al que pronto darán un buen hachazo. Me alegra comprobar que Clelia supo ver la adelfa, que es parte de la familia; a sus pies jugaron y durmieron todos los nietos, y la puso en evidencia cuando los demás habrían buscado un ángulo que permitiera eliminarla. Estoy sentada y en torno a mí unos y otros adoptan sin quererlo una postura. Quieren componer el cuadro de la foto que se debe enmarcar, el recuerdo oficial. Craso error. No se sabe antes cuál de las fotos el revelado va a designar. Ciertamente el frío agudiza la tensión y asimismo aflora el rasgo verdadero de cada uno. No obstante, me entristece pensar que ninguno o casi aparece tal como es, sino tal como quisiera ser. Y al intentarlo, por encima de ese rasgo auténtico encontramos la máscara, en la mayoría de los casos mal dibujada, gruesa. No los culpo. Me pasó lo mismo. Cuando recuerdo lo premioso que fue mi cuerpo, lo torpe que aparezco en mis retratos de juventud he de agradecer a la vejez mi desgaire, mis ojos sonrientes, ya no es la boca que se esfuerza en sonreír, y me atrevo a decir mi dulce firmeza. Lucía tampoco sonríe. En su caso debería decir que no puede. Mi hija me coge de la mano y no nos equivoquemos, no es ella la que me aporta su benévola protección sino la que busca mi amparo. Se nota la presión de su mano, los dedos agarrotados por una tensión muy fuerte. Sobre todo, los estragos de su rostro estrujado revelan que a pesar del maquillaje y de la medicación la depresión se acomoda en ella desde su separación. La influencia del medio, de las modas, por no hablar de las amistades, la debilitaron. He de reconocer mi fracaso. Por mucho que lo intenté no supe ayudarla, y no quiero buscar justificación alguna pero si hubiera tenido un padre, lo que se dice un padre. Pero qué no haríamos con un “sí”. Ramón era hasta la médula un hombre de negocios y lo mismo habría contratado un aya que se casó conmigo. Eso no quita que me quiso, al menos me deseó. Y yo también lo quise. No sé por qué razón me habrá encandilado tanto cuando nos conocimos. La estatura supongo del hombre seguro de sí mismo, la perspectiva de una vida no digo acomodaticia pero, por qué negarlo, exenta de privaciones y a mí la guerra me lo había quitado todo. Además, vivir en Roma parecía novelesco. La edad también habrá influido. Me llevaba algunos años y deseaba tener hijos cuanto antes y, claro, yo tenía ya treinta años, lo cual en aquella época anunciaba el toque de queda. Creo que amó a los niños. Digo creo, no lo podría asegurar. En su vida el amor no fue nunca una prioridad. No lo necesitaba, sólo de vez en cuando el sexo, más bien con cierta frecuencia, e intuyo que cuando yo no estaba a su lado no habrán faltado compañeras pasajeras. Pero volviendo a lo anterior, cuando miro la foto, observo que a algunos la alegría les dura lo que la juventud. Luego se achican y acobardan. Me temo que este ha sido el caso de Lucía. Por eso me felicito de haber conservado mis ojos de niña pícaro. ¿Cómo nos educarán para que nos abrumen la idea de una vida sin felicidad, especialmente a las mujeres, confundiendo no ser feliz y ser infeliz? Como si fuera esto lo más importante. Lucía se dio de bruces con la búsqueda del hombre de su vida que debía darle la felicidad, yo misma creí que de Carmelo y luego de Ramón dependía mi vida. Pero claro, qué puede ser de nosotros que no tuvimos fe para poetizar la vida ni nos fue concedido el don de la poesía para sacralizar la vida, sino ser buscadores de felicidad, ingenuos las más de las veces, frente a creyentes y poetas que ya hallaron el centro de gravedad espiritual de su vida,

llámenlo alma o belleza. Quiero creer que Clelia habrá heredado el don de ser feliz que afortunadamente tuve, pero no supe transmitir a Diego y a Lucía, y, sobre todo, le deseo que el mundo siga parpadeando a su alrededor.

No hace falta que compruebe la fecha indicada al dorso de la foto para reconocer la *Rue Montorgueil*, en París, durante el invierno de 1946. Elise y yo vamos cogidas del brazo camino des Halles, hoy día destruidas. La niebla matutina todavía cubre los puestos de los tenderos, fruteros, carniceros, floristas que instalan sus mercancías. Vamos muy abrigadas y apretadas una contra otra, la cabeza gacha para tratar de eludir el frío. Reímos a carcajadas por una razón que ya no recuerdo. Cuántas ganas de reír teníamos entonces. A Elise la conocí durante la *Occupation*. Mientras yo cuidaba de la señora *veuve* Pelletier, viuda de un pensionista de la Primera Guerra mundial que aborrecía todo lo foráneo y me tuvo durante casi cinco años a su servicio exclusivo por ser ella impotente. Elise trabajaba donde podía también para sobrevivir. Es en las escaleras o en el patio oscuro donde más veces habremos hablado a lo largo de esos años de guerra. Recuerdo que al no haber sido víctima de la guerra, como mis padres y tíos, o héroe de la *Résistance*, como Carmelo, experimenté entre 1945 y casi 1950 la extraña sensación de no tener derecho a afirmar mis deseos. No es del todo cierto, el placer fue mi escapatoria hasta que conseguí determinar con claridad qué quería y ese qué quería fue vivir con Ramón. Debo decir que al fallecer la señora Pelletier me legó parte de sus ahorros, lo cual despertó la ira de sus hijos. No había sabido ver que la señora Pelletier en el fondo me había considerado una hija, más cercana y fiel que sus propios hijos. Su aspereza era fruto de muchos años de soledad, no de maldad o mediocridad, como lo había creído. Esta anciana que me tuvo cariño casi nunca me tocó, habrá soñado con que un día le acariciara la frente, pero en aquella época yo sólo sabía dar si me pedían algo. Sí recuerdo que hacia el final la señora Pelletier me tuteaba. Me contó más de una vez haber vivido el sitio de París en 1870. Recordaba que apenas tenía seis años cuando la terrible hambruna de aquel invierno pero que había sido tan dura la vida en París que no lo había podido olvidar, como tampoco su odio a los alemanes que además años más tarde habían herido a su marido en una trinchera. Un día me había atrevido a preguntarle si había comido ratas, como se afirmaba en los libros de historia. Ella apartó la mirada para luego mirarme con severidad. Y luego me dijo: ni eso teníamos. Y zanjó el asunto diciendo: ¿tan mal te trato para que no me respetes? Nunca me sentí más avergonzada. No me había dado cuenta de lo zafio e hiriente de mi pregunta. No sé cómo pudo pasar. A mí me interesaba más que me hablara de la *Commune*, que por entonces idealizaba. Ay, decía ella, acaso crees todo lo que cuentan los libros. No sé por qué motivo, quizá porque me sentía de paso y estaba convencida de volver a España pronto o viajar a Latinoamérica, pero no me parecía importante prestar atención a aquellos que iba conociendo en París. Y así pasaron cinco años. Algunos otros se quedaron toda la vida sin haber trabado amistad o simplemente congeniado con personas que no fueran españolas. Menos mal, no fue mi caso. Con el dinero de la señora Pelletier pude volver a empezar, aunque con tanto miedo a otro cataclismo que fui poco generosa. A Elise no le tocó en suerte semejante herencia. Vivía de poco y nuestra mayor ilusión era ir al cine y, sobre todo, asistir a conciertos de *Be-bop*. Yo diría que las dos bailábamos muy bien. Fue ella la que me enseñó el francés callejero y moderno – en la Institución me habían enseñado el francés literario –, la que se ofreció a sustituirme al lado de la señora Pelletier para que yo pudiera salir algún domingo, ella la que los fines de semana, una vez fallecida la viuda, me hizo descubrir su ciudad, ella la que me presentó a sus escasos conocidos, incluso me dejó dinero cuando me encontré apurada, y yo cuando pude haberla ayudado no lo hice. ¿Por qué? Mi éxito con los hombres le habrán dolido

porque no era muy agraciada. No sé si me habrá idealizado y si no habré sido lo que ella quería ser. Una vez que Ramón entró en mi vida para llevarme a Roma sólo me preocupó mi bienestar. Y a él los negocios. Quería tener hijos, los tuve, los crié. Quería mi independencia, fui profesora de español. Y, poco a poco, la dedicación social, la vida asociativa paradójicamente me apartó de mis antiguas relaciones. Cuando invitamos a Elise en 1955 no pudo venir, alegó un motivo familiar pero creo que le faltaba dinero, y al fin el reencuentro se produjo en 1960. Fue difícil. Ella trabajaba en una fábrica textil, malvivía en un quinto interior sin agua con tres hijos, a la espera desde hacía tres años de ser realojada en un piso situado en los arrabales de la capital, mientras que nosotros teníamos ya una vida holgada. Yo era directora de un centro cultural y adivino que mis esfuerzos por integrarla la hicieron sentirse inferior. Ante nuestro bienestar su vida en París le parecería un fracaso. No fue, por supuesto, mi intención, pero hablábamos de asuntos que desconocía. Se quedaba en un rincón, no bebía. Me entristecía verla así y también me daba rabia su pasividad. A mí me habían enseñado a luchar, a ella a agachar la cabeza y con el paso del tiempo se había agudizado su tendencia. Para justificar su silencio decía con su delgada voz que le gustaba observar. Cada vez que intenté ayudarla a contar algo personal contestaba: no, no importa. Entonces buscaba refugio en el pasado, en esos momentos que habíamos compartido y que para mí no se encontraban entre los más hermosos de mi vida, pero es posible que para ella fueran los más preciados y sólo entonces nos deleitaba con su risa de cascabel. Recuerdo que le regalé un vestido y no dejaba de repetir: es demasiado bonito, no sé si me lo podré poner. Me dolió que nuestros amigos y yo misma habláramos con frecuencia de cambiar el mundo y que yo no fuera capaz de convencerla de que no había nada demasiado bonito para ella. No dije todavía que un día Elise y yo fuimos a una galería de pintura y allí di por casualidad con Luis al que había conocido brevemente en Grecia. De repente quise estar sola con él y Elise vio con toda claridad que pronto seríamos amantes, quizá antes de que yo misma lo quisiera aceptar. Cuán injusto es el deseo. A renglón seguido Elise se despidió de nosotros fingiendo tener que comprar regalos para sus hijos. Por la tarde cuando la encontré en casa no había comprado nada ni había paseado. Al día siguiente había quedado con Luis y le mentí a Elise, creo que no me lo perdonó porque no supo o pudo comprenderme. Esa estancia en Roma había de ser el viaje de su vida. Había ahorrado, había tenido que dejar a sus hijos con los abuelos maternos para venir a vernos. Y en Roma su vida le pareció una piel de zapa. Por si fuera poco yo resultaba ser una mujer adúltera. Después de su estancia en Roma intercambiamos algunas tarjetas postales. Y luego, nada más. ¿Qué habrá sido de ella?

Empezaban las vacaciones de verano. El ceñido vestido de lunares con enaguas, el moño, la peineta y los zapatos de tacón dejan claro que vestirme de andaluza el día de mi cumpleaños, a mí que soy rubia y pecosa, debió de ser una ocurrencia de mi abuela empeñada en que de mayor cantara tonadillas y coplas como Raquel Meller, porque afinaba bastante bien y me gustaba cantar. Además, decía haber conocido a la cantante cuando era joven y su éxito de algún modo la halagaba. Fue ese mismo año cuando Raquel Meller marchó a Estados Unidos y recuerdo a mi abuela orgullosa de que fuera la cantante de Tarazona a conquistar América al tiempo que le daba miedo una ausencia demasiado larga. En aquella época escaseaban los discos, entonces mi abuela me llevó a ver una película suya. Por eso, en mis más antiguos recuerdos Raquel Meller es una voz y un rostro sin voz, porque se trataba de una película muda. Cierta calidad fantasmal emanaba de este cuerpo disociado de su voz, y su voz siempre tuvo para mí la textura de un eco salido de un pozo. Un eco, esto es, el reflejo de una voz, su sombra, pero no la voz. Por otra parte mi abuela quería que fuera guapa, eso, que fuera una señorita como

dios manda, para disgusto de mis padres que me encontraron disfrazada, mis padres que nunca compartieron su afición flamenca ni su culto por el sur y querían que siguiera estudiando en la Institución Libre de Enseñanza, donde mi madre era maestra, para que fuera más tarde una mujer dueña de mis andanzas. No recuerdo que me haya molestado verme vestida así. No arqueo la cintura ni alzo las manos, esta foto horrenda la habrán hecho antes, aquí estoy sentada debajo de una parra que trepa por la tapia y tamiza la luz dejando mi cara en un claroscuro. La cabeza inclinada, como siempre, vela mis ojos, mientras que ovillo mi cuerpo. Un gatito – mi regalo de cumpleaños – se había agazapado en mi regazo, fue durante varios años mi mejor compañero de juego. Mi madre lo había encontrado en la calle herido y flaco y yo acaricio al gato indiferente a cuanto sucede a mi alrededor. Por suerte no miro al fotógrafo que ha sabido captar mi abandono: me acuna una canción. Detrás de mí, en segundo plano aparece entre refajos y lazos mi prima Araceli: un pie sobre la tapia el otro en el aire, adopta la postura de una funámbula. El clavel que lleva en el pelo se desliza hasta el hombro. Las travesuras de Araceli se comentaban durante las veladas e incluso se recordaban a lo largo del invierno. Yo las presenciaba, alguna vez las compartía, pero no solía tomar la iniciativa, más bien era ella la que impulsaba los juegos. Había en ella un atrevimiento sin descaro, muy natural, que la hacía caer en gracia de toda la familia. Mi campo de elección era el cante. Allí Araceli seguía mi tempo. Se me notaba cuando cantaba un aplomo, una reciedumbre muy inusuales en mí que, huelga decirlo, embelesaban a mi abuela. A todos creo, dicho sea sin vanidad ni falsa modestia. Y recuerdo que Araceli y yo cantamos a dúo muchas noches de verano. Nuestra familia valoraba mucho la música y no faltó acompañamiento musical ya que una de mis tías tocaba el piano y su marido rasgueaba la guitarra. En la foto, el júbilo hace chispear sus ojos achinados empequeñecidos por sus mofletes. De su boca de oráculo en forma de O sale una canción. Yo le doy la espalda: no la veo pero la oigo y la oiré siempre. Mi primer contacto con la muerte fue *La violetera* que Araceli no paraba de canturrear. No sabíamos que al día siguiente la segaría un Hispano-Suiza mientras montaba en bicicleta, uno de esos coches que fabricaba en Guadalajara la empresa donde trabajaba mi padre. Me prohibieron ver el cuerpo pero durante el velorio me acerqué a la cama, me atenazaba el miedo pensando en la sangre, en miembros rotos, y descubrí una muñeca sin rasguños, tanto más chocante que la muerte era eso y nada más que eso: un muro de silencio. Desde entonces vi a muertos y muchos heridos y enfermos. Por lo menos, frente a la sangre o la vejez alguna vez pude gritar mi dolor pero su muerte fue un cohete que no estalla. Araceli tenía diez años y yo siete. No sé hasta qué punto su muerte erradicó en mí la vocación, quizá impuesta o fuertemente sugerida por mi familia más que mía realmente, de cantante de repertorio clásico. Además, por muchos años me costó celebrar mi cumpleaños sintiéndome culpable por no comprender el porqué de su ausencia y cuando fui capaz llegó la guerra. Luego nació mi hija. Pensé llamarla Araceli pero no me atreví por temor, pura superstición lo sé, a que la muerte se insinuara en su pequeña vida. Incluso hoy, si esa palabra tiene sentido, no puedo tararear la canción que Araceli cantaba aquel 06 de julio de 1926.

Aquel día de abril de 1936 la República desfondada ya abrumaba a los adultos. Mirar a los niños era un consuelo y yo entonces adolescente me encontraba entre ambos mundos. Era suficientemente adulta para mirar también con orgullo a los niños nacidos o crecidos durante la República. Yo solía guiar a los niños de la Institución en visitas culturales. Ya habíamos visitado algunos museos en Madrid y a todos nos apetecía disfrutar de la primavera. Aquel día salimos pues de excursión a la sierra. En lugar de escoger a uno de los alumnos que acompañaba el apicultor prefirió que yo diera el

ejemplo y de pronto mil abejas que cubrían su pecho amortajaron mis brazos desnudos, mi escote y mi cuello sin que yo pudiera esbozar un gesto de retroceso. A pesar de mi cuello cercado por ese collarín animal quería sonreír, como sonreía el apacible apicultor seguro de que no me iban a picar, pero la estupefacción de los niños boquiabiertos confirmó mi temor y quería sonreírle a Carmelo que me enfocaba con la cámara, quería que me viera valiente pero no pude y mientras que mis ojos se empañaban mis labios se mantuvieron cerrados. Me pregunto cómo unos minutos antes Carmelo había sido capaz de llevarme al bosque para besarme y prometerme el noviazgo y ahora atisbaba en sus ojos quizá no crueldad, pero algo como la necesidad de distanciarse, un no sé qué huidizo, cuando precisamente mi temblor, que en la foto nadie parece advertir, era una llamada. En su rostro de galán no falta el bigote atusado ni el pelo engominado. Se compuso una cara en consonancia con los usos reproducidos por el cine, a no ser que sea a la inversa. En cualquier caso, todo un caballero cuya fisura aún había de descubrir. Una vez que las abejas volvieron con el apicultor sólo necesitaba que me abrazara Carmelo y no pudo porque nadie sabía de nuestra relación y delante de niños era indecoroso, decían nuestros mayores, dar rienda suelta a los impulsos. Ahora reparo en la mirada de un niño al que no vi entonces y que sorprende nuestra tácita pasión juvenil. ¿Pasión? Efusión más bien, deseo, frustrado en mi caso por sus largas ausencias, por la guerra después. Carmelo prefería amarme de lejos. La distancia encendía su pluma adiestrada en el ejercicio retórico. Me enviaba poemas, panfletos políticos producidos por la visión idealizada de un lector embravecido por los libros y, lo que es peor, de un hombre que en lugar de amar a una mujer real adoraba una figura desencarnada. Reina habría sido con agrado si él hubiera sido rey. No fue así. Descubrí demasiado tarde que se había enamorado de mis ojos de garza, de mi carácter quebradizo, o más bien de mi apariencia frágil que confundió con el recelo. Él como los demás hombres durante quince años quisieron protegerme y así confirmar que era misión suya sujetar mi entrega embriagada. Por miedo supongo. Entre los niños Carmelo tenía estatura de héroe: decían que escribía un ensayo político – nunca llegué a leer página alguna –, además tuteaba a algunos de los poetas mayores de nuestra generación. Eso decían. Y yo estaba enamorada. El 06 de julio de 1936 por fin cumplí dieciocho años, edad que mis padres me habían pedido que esperara para dar tan decisivo paso. Carmelo y yo nos casamos ilusionados por la perspectiva de efectuar nuestro viaje de novios a Bolonia, cuya prestigiosa universidad ubicada en un recinto medieval no menos celebrado por la belleza de sus mosaicos, sus soportales y pasadizos, Bolonia iba a acogernos. Unos tíos suyos residían allí desde una fecha reciente. En aquella época viajar a un lugar del cual apenas teníamos imágenes, a un país extranjero, era algo más que un privilegio: era un sueño que se invocaba. Dos guerras y su muerte me impidieron ir a Bolonia. Aún habiendo vivido cincuenta y seis años en Italia nunca visité Bolonia. Ganas no me faltaron pero le había prometido que descubriría la ciudad con él y solamente en su compañía. Y no me arrepiento de no haber cedido a la tentación. Carmelo merecía que cumpliera mi palabra, aunque sé que puede parecer altamente novelesca, y un tanto ridícula, mi fidelidad, cuando yo misma critiqué hasta la saciedad su actitud de caballero a carta cabal. Creo que Carmelo me enseñó un camino, no el único: el que conduce el hombre, tal como es, al hombre tal como puede ser, aún sabiendo que esa tensión del ideal se resquebraja y así ha de ser con el paso del tiempo. Y si soy honesta conmigo misma veo que Ramón y Luis fortalecieron mi necesidad de admirar a quien amaba. De aquel día de abril de 1936 lo recuerdo casi todo: el trino de los pájaros a ratos cubierto por el croar de un cuervo, la frescura de la sierra a pesar del pleno sol, las risas de los campesinos frente a los niños torpes a la hora de manejar el azadón o beber del botijo. También el silencio de los chicos cuando el enjambre está a punto de asaltar

mi cuello, el único momento de la excursión en que se acalla su bullicio. Aquel día los chicos corren ladera abajo, incesantemente vuelven a subir y corren de nuevo hasta la extenuación. A casi todos los vi crecer en la Institución. Recuerdo que tenía diecisiete años, que tenía fe en el futuro. A aquella excursión el tiempo la vistió de gala y luego de luto. Muchos años después en una exposición fotográfica algún niño apareció arrebujaado en una manta al cruzar la frontera en Le Perthus, al lado de los cuerpos ateridos o yertos ya, en otro las cuencas de los ojos hablaban de tiempos crueles. Diez años después de esa partida campestre Carmelo encontró la muerte que buscaba: su heroísmo, no sé si decir inconciencia, durante la Segunda Guerra mundial y su muerte en una cárcel comunista remataron su vida esculpida con primor hasta tener los contornos de un destino novelesco.

Es frente a un sarcófago etrusco en Volterra, en 1961, donde realmente tomé conciencia de que algún día dejaría de estar entre los vivos. Lejos de asustarme me infundió calma a lo largo del día y cuando volví al hotel con los niños me parecía desafiar la ley de la gravedad. Hoy no sucedía a ayer, mañana dejaba de importar. Delante de mí se extendía un ancho viñado y vi una ardilla roer con paciencia mientras que Lucía y Diego jugaban al escondite entre los cipreses. Se desgranaron las horas. La ardilla siguió su tarea mirándome. Se levantó el viento, oscureció el sol. Cuando Ramón llegó de Roma con mis padres le dije, qué hermoso sería tener una casa en Toscana. Se encogió de hombros y suspiró pensando que era un capricho de burguesa. No quise compartir con él mis sensaciones. Para qué. Asuntos de mujer, habría dicho. No quise discutir, y menos delante de mis padres. Además, estábamos de vacaciones. Se acomodó en una tumbona para sorber una copa de vino y mirar la vid. Luego me dijo, la casa, la tendrás. Curiosamente, esa casa fue por así decirlo el litigio previo a la separación. Para Ramón las muestras de amor consistían en compras aparatosas, sólidas, que justificaban a sus ojos al menos sus cada vez más frecuentes ausencias. En ese sentido pocas mujeres habrán sido más colmadas que yo. En realidad desde que Lucía y Diego tuvieron más o menos seis o siete años Ramón se alejó de nosotros. Algo le impedía mantener una relación íntima. Por ejemplo, si yo necesitaba expresar con su ayuda alguna impresión compleja salía del cuarto para volver muy tarde. De hecho, nunca me hizo confidencias, de ningún tipo. Era hombre de principios un poco rígidos y no sé si mi matrimonio con Carmelo, a pesar de su brevedad, hirió su orgullo masculino. Además, Carmelo había muerto como un héroe y los niños mencionaban su nombre no sin cierta admiración. Un día, mientras recibíamos en nuestra casa de Roma a sus socios oí cómo uno de ellos sostenía que el hombre debía casarse con una mujer más joven y a ser posible “no usada”. Ramón no dijo nada, pero vi su cara. La intensidad de su preocupación, por asombrosa que fuera, me hizo pensar que sufría. A partir de ese momento es cuando se mostró agresivo conmigo y en algún caso con los niños. En el fondo no toleraba que yo tuviera un pasado anterior a mi encuentro con él. Fue difícil anunciarles a mis padres que Ramón y yo nos íbamos a separar. Lo consideraban el yerno ideal. Yo no podía decirles ciertas cosas, así que asumí ser la mujer alocada, porque yo pedía la separación. Ramón aceptó a regañadientes. Además, en el caso de mis padres y de muchas parejas de su generación castigada en plena madurez por dos guerras, el matrimonio había sido una tabla de salvación. No había sobrevivido el amor, sí la ternura, el apoyo mutuo. Antes de tomar la decisión de separarme un paso decisivo fue el descubrimiento del sarcófago etrusco en Volterra y mi corazonada por la tierra toscana. A la mañana siguiente de que Ramón me dijera, la casa la tendrás, mi padre tomó esta foto donde Ramón y yo estamos en la veranda, cada uno mirando a un lado diferente; él, a la derecha, sentado en la tumbona mira hacia mí de reojo, intentando captar mi atención

pero con desgana casi, y yo de pie, a la izquierda, y de perfil escudriño el campo. Mi padre, por lo general muy discreto, no soslayó la distancia emocional más bien la subrayó colocándonos a cada uno a un extremo del encuadre, dejando en medio una mesa de mimbre, y a mí me puso muy cerca del borde, con la cara casi pegada al campo. También se pueden ver dos puntos entre los túmulos de la necrópolis: son los niños que se persiguen. A lo lejos las ondeantes siluetas de los cipreses parecen llamear. Esa hora en que estuve desasida deslinda mi vida. Recuerdo haber rememorado el sarcófago al tiempo que he imaginado la casa, mi casa en medio de las colinas. La quise, al precio que fuera, aunque nunca llegué a tener esa casa soñada sino otra mucho más pequeña, después de la separación, después de discusiones sin fin. En el ala de una granja casi derruida que levanté gracias a la ayuda de Luis los niños pasaron todos los veranos de su adolescencia. Desde allí recorrimos a pie, en bicicleta, en autobús, en coche el país etrusco. A mis padres les disgustó que hubiera elegido una casa ubicada en el corazón de una región donde la muerte convivía tanto con los vivos. Añadieron que por bello que fuera no era un lugar para criar a los niños, que ya tendrían tiempo de tratar a la muerte. No lo comparto. A medida que fueron creciendo les conté lo poco que se dice de ese pueblo que sabía que al cabo de diez siglos desaparecería. Al principio, a Diego y Lucía la idea de un ciclo abocado a un fin irrevocable les chocó, cómo no, luego poco a poco aceptaron sin preguntar más. Verano tras verano visitamos las tumbas etruscas: era una especie de cita anual con los ciclos vitales que habían fertilizado la tierra toscana. Diego y Lucía repetían las historias que Luis y yo les contábamos. Recuerdo que, por ejemplo, les fascinaba tanto la hepatoscopia que un día en que encontramos un pájaro muerto quisieron sacarle su hígado. Huelga decir que mis padres se opusieron a ello. Según ellos las secreciones del hígado podían ser nocivas. Mis padres habrían preferido que los llevara a España durante las vacaciones de verano pero tomé la decisión de arraigarlos en Toscana. Ahora bien, mis padres se los llevaron más de una vez para las vacaciones de Semana Santa. Curiosamente, habían jurado y perjurado que no volverían a España hasta la muerte de Franco y en los albores de la vejez fue tal su deseo de pisar la tierra española que ya no hablaron de política. Cuando se acercó mi hora dudé en ser enterrada en Toscana o en España. Después de pensarlo mucho elegí Italia, allí es donde viven mis hijos y mis nietos. Allí donde también están sepultados Luis y Ramón. Mis padres decidieron en cambio ser enterrados en España. Cuánto me habría gustado ser inhumada como una mujer etrusca, con mis alhajas, con mis prendas más bellas.

Aquí Luis y yo celebramos nuestros quince años de vida común. Quiso Luis que fuéramos a un restaurante húngaro, para complacerme, aunque su estómago ya no toleraba casi nada. Acepté para darle esa ilusión. Cuando salimos del taxi me dijo que me quería y me sentí como una colegiala. Bueno, no exactamente. El día en que me cogió por la cintura sin que yo sintiera deseo, quiero decir que sentí solamente ternura, ese día por primera vez me sentí vieja. Conociendo su temperamento me pregunto si su declaración habrá sido espontánea y si no lo habrá pensado antes. Al igual que las flores que me esperaban en la mesa. Nimiedades, pero cuán agradables. Recuerdo que la tenue luz de los candelabros difuminaba las otras parejas y que el terciopelo verde de los cortinajes me dieron la sensación de estar en una novela. En la foto sonreímos y brindamos. El camarero nos sacó dos fotos, una cuando brindamos por nuestra unión y otra por la legalización del partido comunista en España. Luis no resistió la tentación. No dije nada pero me molestó. Por supuesto, que España por fin viviera en democracia me henchía de orgullo, que la censura desapareciera me aliviaba pero ¿por qué Luis se empeñó en añadir un matiz político en una celebración íntima? Cuando yo recordaba

Micenas, el principio de nuestra relación en Roma y más que nuestros numerosos viajes me venían a la mente incesantes destellos de Volterra donde los niños hicieron acopio de bellos recuerdos. Si en mi vida lamento algo es no haber tenido hijos con Luis. Cuando empezamos a vivir juntos yo tenía cuarenta y cuatro años y él cuarenta y nueve y ambos teníamos ya hijos mayores de quince años, además nuestra experiencia anterior nos había vuelto muy cautos y decidimos no darle importancia al asunto de los hijos. Y luego los mejores años de mi vida pasaron como un rayo. Quince años. Dieciséis si incluyo su último año. Me pregunto cuál de las dos fotos del restaurante húngaro estoy viendo. Se me nota un ligero mohín, no sé si de contrariedad o cansancio. Todavía la ropa engaña y oculta su cuerpo de trapo y, sí, se le ve la tez cetrina, pero aún destella esa chispa en los ojos con que atrapaba a los niños. No sé si alegrarme de ello pero sus últimos años fueron, a posteriori por supuesto, momentos serenos. Extrañamente. Ayudó mucho que no sufriera. A medida que los años se enroscan a nuestro ser el transcurrir de los días se hace monótono y esa monotonía, en absoluto aburrida, incomprendida por los más jóvenes, nos acerca a una vida parca, no muy distinta de la vida del monje, no por ello una vida de privaciones, que nos hace más sensibles a lo infinitamente pequeño, al igual que una fuga barroca busca la hermosura en las variaciones de un mismo motivo. Esa melodía en espiral, sin duda ascendente, necesita ser tocada sin prisa, con la convicción de que podemos tocarla cada día mejor. Y Luis la tocó hasta el final con delicadeza. Después de su muerte fui madre de nuevo y, sobre todo, abuela. Volví a ser madre, es un decir nunca dejé de serlo, porque mis hijos pensaron que conviviendo con ellos de cuando en cuando pronto recobraría la alegría. Razón no les faltó. Y no tanto por estar con ellos, que sí me colmó, sino por encariñarme día tras día con los nietos. A cual sería más travieso e imaginativo del nieto o de la abuela. Quiero dejar claro que si al final perdí la memoria y algunos de mis reflejos no fui una anciana alelada. Por suerte. Durante treinta y seis años fui abuela, y la única que no habré visto crecer es a mi querida Clelia. Quince años tenía cuando morí. No quise nunca que me grabara, ya fuera en vídeo o en un magnetófono. Preferí apostar por su memoria. Coleccionar fotografías de un modo compulsivo, como lo hacía su madre Cesca, es negar que el olvido forma parte de la memoria, es querer tenerla bajo control, almacenar hechos en lugar de emociones y, peor aún, conduce a no vivir porque se graba la vida. Y algunos se conforman con esto, con una reproducción de la vida. Además, el alud de fotografías le quita a una vida su parcela de misterio. Nada queda por descubrir: cualquiera que vea un patio en verano sabe, o intuye al menos, que la sombra embellece la luz, que en la sombra descansa la luz. ¿Clelia me recordará? No lo sé. Esa es la apuesta. Veinticinco años después de la muerte de Luis no recuerdo su voz y me duele. Un muerto realmente muere cuando su voz ha sido olvidada, y me duele que en esta prisión mía no pueda siquiera notarlo, no digo tenerlo a mi lado, para cantarme rancheras y coplas como lo hacía en la terraza después de cenar o cuando venían los niños y los nietos. No hay hombre que haya querido más – qué digo, ha sido en verdad el único – y que los haya amado más, más que su propio padre, y sigo amándolo en vano. No, me equivoco, no se ama en vano. Algo de mi amor por los míos habrá quedado. Una estela, una siembra. Aquí también sabemos que la herida del tiempo no se cierra jamás si vivimos la muerte como hemos vivido la vida, desviviéndonos.

QUERIDO VÍCTOR

Querido Víctor,

No pude contestar antes a sus últimas dos cartas, pero me dio tiempo para encontrar los libros y las pinturas acrílicas que me pidió. El director de la cárcel empieza a quejarse de mis envíos. Según parece, exceden el peso autorizado. De hecho, me lo confirmó su representante cuando llamó a mi casa. Tenía curiosidad por conocerme y buscó mi número de teléfono después de que usted le hablara de mí. Es, por cierto, un hombre cortés y sensible.

Volvamos a usted. Que ayude a algunos de sus compañeros a redactar sus cartas me llena de alegría. ¿Estas cosas todavía existen? ¿No todos saben escribir? Incluso a ese hombre celoso que lo amenazó por haber recibido de su mujer una inesperada y apasionada carta de amor. Me cuesta cada vez más formar las letras, así que me tomaré un momento de descanso.

Viernes, 12 de la mañana.

Vino la señora de la limpieza y siguió contándome un nuevo capítulo de su vida. Cuántas ganas tiene de describir sus amoríos fantasiosos, que si éste daría su vida por una cita con ella, que si el otro no se atreve a decirle lo guapa que es. No es fea, lo reconozco. Siempre sucede lo mismo. Llega, recoge su pelo en un moño – mal hecho –, pone su bata y sus zapatillas y no para de hablar durante dos horas. No hay manera. Si me voy a mi habitación alza la voz para que la oiga. Y si le pido silencio no lo puede remediar, de modo que al cabo de unos minutos enciende la radio. Ya se puede usted imaginar las canciones que le gustan: pasa de la copla más rancia a esa música pop tan chillona. Digo yo que si escuchara unos boleros bonitos, pero no. Y eso, dos veces a la semana. Pero no me puedo quejar, es puntual, trabajadora y limpia. Luego, por fin, me quedé sola.

Viernes, 4 de la tarde.

Me acosté un rato después del almuerzo. Suele ser un buen momento para pensar. Pienso dormida digamos y cuando despierto las ideas se han decantando. Se imponen ante mí con toda su nitidez. Y hoy necesito tener las ideas claras para transmitirle lo que ocupa mi mente desde hace tres meses. No es fácil, le he dado muchas vueltas antes de escribirle. Trataré de ser honesta conmigo misma y con usted.

El tono resentido de su segunda carta – un poco exagerado, conminatorio casi – me ha halagado. Sí. No sabía que mis cartas fueran tan importantes para usted pero no entiendo ¿acaso algún día le he mostrado menosprecio? Nada más falso. Usted mismo me señaló un día que sus amigos vacilan en escribirle y que ni siquiera con su familia mantiene una relación epistolar. En esta segunda carta una expresión me dolió. Dice rechazar mi “compasión condescendiente”, muy bien, entonces no se compadezca a sí mismo. Está confundiendo me parece compasión y comprensión. Y no crea que si nos encontráramos – ya que insiste en ello – cambiara la situación. Es innecesario, ya se lo dejé muy claro. No sabríamos qué decir. Poco a poco ambos hemos ido dibujando entre palabras el semblante del otro. Ya imagino lo que estará pensando: que yo conozco su rostro gracias a las fotografías y los vídeos. Además, ¿qué interés tendrían para usted mi rostro ajado y mi voz temblorosa?

Cuando pienso en mi primera carta y en su primera respuesta – y lo hago casi a diario – me asaltan dudas o quizá temores que le quiero plantear. Ayer traté de escuchar, una vez más, *Limón amargo* y le diré sin tapujos que sus letras, además de ser hirientes y

provocativas, me resultan falsas. Maldecir es fácil, escupir hiel alivia pero no sana. A fin de cuentas todo esto es indigno de su talento. Cuán distintas son sus cartas, escritas desde un “cenotafio” (sic), agresivas desde luego pero sinceras. Puedo entender que su mente no esté allí, que se halle entre los recuerdos o entre la letra de sus canciones o en algún sueño lejano pero, por favor, no se compare con un muerto ausente, no siga dañándose de un modo tan cruel. Sigue entre los vivos y así ha de ser. Deje ese cinismo de pose para personas de otra calaña. No sea apocado, para quien sigue luchando no hay cenotafio sino una celda blanca.

Lo mismo me sucede con *Algarabía*, aunque en menor medida. En ese segundo disco su voz es en algún momento conmovedora, especialmente su forma de pasar de los graves a los agudos sin transición, y su forma de tocar el bajo – antes nunca había prestado atención a semejante instrumento, si no fuera por usted...– es menos opresiva y repetitiva. Me llama mucho la atención que no haya pausa entre las canciones, como si no quisiera dejarnos respirar mientras usted salmodia su murmullo amenazador, tanto que acabé agotada por la tensión contenida que desprende. Y esos tambores tétricos, esa música sintética que sale de ninguna parte pueden con mis nervios. Y además se obceca en sus letras en dar incesantes e inútiles dentelladas. En el fondo nos distingue nuestra percepción sensorial de cuanto nos rodea. Donde usted quiere guitarras afiladas yo imagino un laúd. No lo olvide, fui educada según principios rígidos y para mí música es sinónimo de melodía. Donde usted quiebra la voz yo entonaría un *Magnificat*. Donde usted se abisma, yo me exalto.

¿Sabe usted cuánto tiempo me ha llevado escribir estos últimos párrafos? Dos horas largas. Mi ritmo de escritura ralentiza mi pensamiento, lo entorpece. Pierdo espontaneidad y no gano nada a cambio. Necesitaría a un amanuense. Mi hija se ofrece a ser mi mano. No quiero, mis cartas y ésta, por encima de todo, deben ser de mi puño y letra. Es demasiado íntima para ser compartida con alguien que no sea usted.

Viernes, 11 de la noche.

Cené un poco mientras veía el telediario. Luego vi un debate. Apagué el televisor cuando uno de los contertulios dijo: “todo es relativo”. El moderador no reparó en ello. Ni él, ni las demás personas invitadas. Si todo es “relativo” entonces nada importa. Para llegar a eso he vivido tanto, para ver cómo reina la indiferencia. Eso o callar y marchitarse. De eso hablamos alguna vez, lo recuerdo muy bien. Usted me escribía: “Todos (los médicos, los familiares, los amigos y conocidos) quieren que me serene, que trate de olvidar, como fingen ellos haber olvidado, y yo no quiero. Contra algo tengo que luchar, aunque sea contra mí mismo.” Víctor, a usted y a mí nos anima una misma necesidad, pero la manifestamos de un modo distinto. Si algún planeta ha influido en su vida puedo asegurar que es Marte. El fuego y el metal han quemado su sangre ebria.

La semana pasada leí casualmente en la prensa una reseña referente a su tercer proyecto, un disco titulado *Bazar azul*. Intrigada, tomé la libertad de llamar a su representante de manera que me permitió escuchar una maqueta – espero que no se sienta ofendido o traicionado, no fue nuestra intención –. ¿Cómo pudo haberme ocultado durante un año la existencia de ese disco tan hermoso? Sus composiciones acústicas son de una gran belleza – son maquetas me dirá, falta una sección de cuerdas, lo sé, pero aun sin acompañamiento...–, tristes pero bellas. ¡Ah, ese coro de mujeres armenias! Y las letras auguraban un cambio de registro más acorde con mis gustos y con su carácter. Cuando su representante me enseñó el cuadro previsto para la portada me quedé de una pieza: recordaba los motivos geométricos de *Limón amargo* y el montaje fotográfico de *Algarabía* pero aquí en un paisaje brumoso una bella y joven mujer de aspecto

melancólico y melena de un color rubio veneciano sentada en una barca, inmóvil en un remanso de un río, entreabría los labios y no se sabía si escuchaba una voz lejana o musitaba una canción. Su mirada evocaba la pérdida irremediable, la espera vana de un eterno retorno. ¿Quién era esa mujer surgida de un Medievo de ensueño? Creí desfallecer. Será indelicado por mi parte no dejar de pensar que esa doncella es un retrato de Aitana. El parecido es asombroso. Es entre todas sus canciones una de las más emocionantes. No creo equivocarme al afirmar que usted estará de acuerdo conmigo.

Sábado, 4 de la mañana.

No puedo dormir. Aitana cruza mis sueños a menudo. Esta noche yo estaba a la orilla del río y ella me llamaba. Desperté cuando tocaba una canción cuya melodía no logro recordar. Si supiera cuanto me duele saber que a usted le costó más desintoxicarse que superar la muerte de Aitana. Me tiembla el pulso: lo imagino exhausto después del lavado de estómago, dentro de la camisa de fuerza, pidiendo durante días, entre fiebre y calambres, su dosis a gritos, llamándola hasta ser atado a la cama para ingerir un somnífero. En una de sus cartas me escribió: “Desde esos días siempre tengo frío”. A mí me entra frío cuando imagino sus sensaciones.

Hoy ya nadie pretende explicar lo que hizo. De nada servirá hurgar más, renuncie a ello. Comprender es más arduo que explicar por qué la ha matado. Me dijo el director de la cárcel que las drogas han destruido su voz. ¿Es eso cierto? ¿Realmente ha decidido abandonar la música? No malgaste su talento, su deber es seguir adelante componiendo y escribiendo letras y si ya no puede cantar siempre encontrará a algún intérprete afín con su estilo. Los rumores crecen como la hiedra. No quise prestarles atención, pero al cabo de un año cualquiera acaba cediendo. Se dice que estaba a punto de casarse con Aitana cuando decidió dejarla. También se dice que usted coqueteaba con muchas mujeres, más si estaba presente. Incluso ella llegó a decirle a su representante – él mismo me lo repitió – “No puedo vivir lejos de él, y a su lado le odio tanto como le quiero. Y lo peor de todo es que sé que me quiere. Pero me matará a disgustos” –. Yo también estoy convencida de que la quería y de que hoy la quiere aún después de su muerte es cruel. Y egoísta. Aitana no es un icono. Créame. Ayer releí todas sus cartas, solamente menciona el nombre de Aitana en tres ocasiones. ¿Por qué se obstina en callar su dolor? La condena que está cumpliendo no cura su sentimiento de odio hacia sí mismo. ¿Me equivoco? Como ve, hoy me permito inmiscuirme en su vida más de lo habitual. No me importa herirle. Mis zarpazos no son nada en comparación con su padecimiento, nada frente a su coraza de desdén, su soberbia dolorida. Ahora intentaré descansar un poco. Se me nubla la vista.

Sábado, 11 de la mañana.

Víctor, sabrá usted – ya me va conociendo o lo puede deducir – que mi infancia fue otoñal, mi adolescencia y juventud se fundieron en el invierno gris de la Posguerra. Como si la suerte hubiera errado el ciclo de mi vida. Tenía ya cincuenta años cuando viví un verano breve y luego empezó para mí, hasta el día de hoy, una primavera que pronto acabará.

En su caso, la juventud le brindó amor, amistad, éxito, viajes, dinero. ¿Le parece poco? Es poco. Porque no aprendió nada. Vivió “intensamente”. Ahora, no se apiade más de sí mismo. Aún no ha dudado. ¿Cómo quiere tener convicciones? Eso sí, antaño tuvo certezas, respuestas para periodistas, fórmulas lapidarias. Para muchos hombres y mujeres la vida consiste en caminar desde la esperanza hasta la desesperanza, se nota en ellos un afán individualista, un ímpetu juvenil, una ambición social, un sueño de grandeza, pero insisto: esa ilusión juvenil no es, ni por asomo, la auténtica esperanza

que une a los seres humanos. No se deje ablandar como ellos. A otros les guía la esperanza que nace de la desesperanza. Han de luchar para conquistarla y confiar más en, no digamos los otros – una palabra fea, como señalándolos con el dedo – sino en la vida misma. Usted es uno de ellos. Es hoy mi convicción más sólida y mi mayor deseo para su futuro. ¿Le suena solemne, antiguo tal vez, utópico? Puede ser. Lo expresaré de otra manera: desde la infancia solemos ver las hojas secas en el suelo y apenas levantamos la mirada hasta las hojas verdes de los árboles en primavera. Desde el ventanuco de su celda mire, día tras día, las ramas de los árboles, como yo lo hago recostada en mi cama. Y si no las ve, píntelas. Yo he descubierto tarde, demasiado tarde para mi propia vida, que la esperanza nace de la desesperanza. Y digo tarde porque tenía cincuenta y dos años cuando me separé de mi marido y en aquella época, no tan remota, pero tan distinta, no era muy frecuente que una mujer hasta entonces entregada a su marido y a sus cinco hijos decidiera abandonar el hogar.

Querido Víctor: llevo un año ocultándole la verdad. Estoy enferma, en fase terminal: cáncer. Bien sé que me quedan unas semanas escasas de vida de manera que esta carta es una despedida. Decirle que a mis setenta y siete años no temo a la muerte sería una mentira, aunque al cabo de muchos años de ayuda a enfermos en hospitales (cada vez menos, mis fuerzas me abandonan, apenas puedo ya levantarme) uno se acostumbra a ver cómo cambian las sábanas, a la espera del siguiente moribundo. No es tanto la muerte lo que me asusta cuanto lo que suceda después de mi muerte. Hace años pensaba donar mi cuerpo a los médicos, hoy no soy capaz de imaginar mi cuerpo troceado por estudiantes, por muy útil que sea. Prefiero, por así decirlo, saberlo putrefacto en una tumba. Intuyo que si los hombres se volvieron hombres al sepultar a sus difuntos, por algo será.

Mi hijo mayor desapareció carbonizado en un accidente de coche hace muchos años. No se lo había comentado hasta ahora, yo quería ser una anciana fuerte. Entonces me decía a mí misma ¿para qué afligir a Víctor con mis penas? Y luego pensé que negarme a compartir mi dolor con usted, que tantas veces se ha sincerado conmigo, era, no lo sé, no lo quiero calificar, en cualquier caso no podía seguir siendo así. Mi hijo desapareció, no quedó nada de él, y le confieso que arrebatarme a una madre o a un padre o a un amigo el cuerpo del ser amado sobrepasa, es horrible admitirlo, el dolor de la pérdida. Viví unos meses entre el llanto y el insomnio. Iba al bosque cercano a mi casa para gritar mi dolor. Hace poco ese dolor callado, hacía años, volvió a desvelarme. Por esta razón no fui capaz de responder a sus dos cartas. No imagina lo que significa para mí visitar una tumba vacía. Víctor, nunca más compare su celda con un cenotafio. Que sus “fans” lo hayan convertido en leyenda no le autoriza a creer sus ecos de adolescentes tardíos. No le ayudaría. Además, todos vivimos entre los muros de una celda blanca, unos de una manera más aguda y consciente que otros y pintarla de un color azul o rosa o esbozar un paisaje de fantasía nos aleja de la lucidez. Pero no es motivo de lamento, recuérdelo. Las puertas de las celdas también se abren.

Ha llegado mi hora, poco más puedo añadir. Cuando salga de la cárcel llevaré casi cinco años inhumada. Usted tendrá treinta y seis años, si mi memoria no falla. Habrá pintado muchos lienzos, habrá leído muchos libros (no lea demasiados, me preocupa un poco su avidez de lectura) y saldrá a la calle, presto a emprender su camino. No será nuevo, sino el mismo, el suyo. Si algún día vuelve a componer canciones me encantaría que escriba un vals bonito y alegre. Pronto mi hija y mi nieta llamarán a la puerta para llevarme a su finca este fin de semana. Cuando lleguen querrán ver a una abuela risueña. Separémonos aquí. Gracias por su confianza. Buenos días, Víctor. Con mi más profundo afecto.

Nieves

